

Romero de Torres o la intuición cordobesa

SU ARTE COMO RESULTADO DE LEJANAS CULTURAS

Esta obra de Romero de Torres es sin duda la que responde al mejor momento de la creación del artista, y la misma adquiere una transcendental perspectiva en el campo de la pintura española. Perspectiva que se la dá el cotejo de valores que de la misma se desprende cuando es comparada con mucha obra clásica que le precedió.

Estos no eran otros que los resultantes de la cultura y del ambiente en donde se formó el artista. Córdoba tiene una singular presencia en la obra del pintor. Si antes nos detuvimos algún tiempo analizando ciertos valores que encontramos rodeando la vida de Julio al nacer—la personalidad artística del núcleo familiar, el ambiente del Museo cordobés, el sentido profundamente espiritual que tenía la pintura de los Castillos, Palominos, Zambraños, Roelas y Valdés Leal, el grito de otras culturas que representaban los trozos de mármoles excavados—; si a esto unimos la pureza intacta de cierta gran parte del urbanismo de la ciudad, todo esto, decimos, tenía por misión hacer ver como el artista, al saturarse de tan glorioso ambiente, tiene la fortuna de captar en él virtuosidades que como ondas lo taracean; ondas que cuando tienen la fortuna también de conmutar con sensibilidades afines, producen unas resonancias de tipo espiritual y artístico de amplitud inusitada.

Estas son ¡ay! las que imantaron la inteligencia de tantos hombres ilustres cordobeses de ayer y de hoy; ese venero secreto que alimentan las mejores rosas de poesía, de arte y de ciencia en el subsuelo, como filón que dá inmortal permanencia a las virtudes de este pueblo.

Romero de Torres, insensiblemente, en virtud de ese proceso cósmico que se dá en tantas almas, se intuye en tan altas ascen-

dencias; y lo hace instintivamente, con esa sencillez que tienen las más grandes cosas. En virtud de ello, también la obra que comienza a crear cuando tuvo la fortuna de encontrarse a sí mismo en el camino de sus aspiraciones, empieza a acusar esta solera de fundamentales valores estéticos y espirituales. Y de ahí temas como estos que pinta, de tan directo entronque con el clasicismo.

El valor que esta obra tiene es singular, y más si pensamos en la hora en que se hace. Estudiemos, pues los asuntos que se cultivan en la pintura de dicha hora. Que abismo la separa de toda



otra concepción. Del superficial concepto decorativo que caracterizaba mucha de esta pintura; el débil estudio de estilizaciones y calidades de otro importante sector; la habilidad repetida de tanto impresionismo desbordado se distanciaba, fundamentalmente, del logro pictórico del artista cordobés.

Unos miraron, acaso, con cierta displicencia la obra de Romero, como hija de una cultura, de una época que ya pasó; fácil es que esto le hiciera proclamar las excelencias del arte nuevo por cuanto interés tiene siempre lo actual, lo que aflora el instante último de la vida en su infinita evolución.

Pero lo cierto es que todo este fulgor de novedades que da la vida, cuando las mismas son, como actualmente sucede con mu-

chos postulados estéticos, fruto del fuego artificioso de la improvisación, apenas resisten permanencia superior a un instante de sorpresa y paroxismo. Si bien es de notar que estos movimientos tienen el singular valor también de exonerar, de renovar postulados artísticos e ideológicos que se durmieron en el mismo cauce de la vida.

¡Feliz, pues el creador de la belleza, el poeta y el plástico que sabe conjugar en su concepción ambos principios! Es decir, la raíz solidísima del arte, de la concepción de ayer y el girar alado,



ágil, renovador, de los conceptos artísticos de hoy. Ello opera siempre una obra de singular ponderación.

Ningún pintor como Romero de Torres más capacitado para conjugar en sus lienzos estos valores. Ya estudiamos como la cultura humanística que le inspiró dió origen a sus composiciones. El mundo espiritual de la pintura de los primitivos lo aprovecha para la exaltación de temas que son, como aquellos, asimismo, asuntos que pertenecen a la intimidad del alma, al ámbito imponderable de la sensibilidad y del espíritu del hombre. «Retablo del Amor», «La consagración de la copla», «Poema de Córdoba», «El pecado», «La gracia», se llaman, entre otros, estos cuadros.

Bastaban estos lienzos para situar al pintor en un momento de

oro de la mejor pintura de Europa. Bien con los maestros venecianos, bien con las escuelas holandesas del siglo XVII; Tintoretto y Rubens están tan cerca de este artista en cuanto al momento cumbre de su concepción pictórica, que diríamos que son contemporáneos.

Pensemos, para comprenderlo, en el caudal de fantasía que el pintor cordobés tuvo que utilizar, para hacerse digno del parangón. Pero este sale triunfante en virtud de que la misma tuvo aciertos como los de las obras antes mencionadas.

¿Quién inspiró esta obra? Sin duda, la cultura ambiental de Córdoba; ese sutil vaho de sensibilidad de arte que expanden sus cielos y sus piedras; el camafeo de obras que se fueron amontonando al paso de los siglos.

¿Qué inspiró la universalidad actual de la obra de este artista? El estar realizada la misma con giros y conceptos actuales de esta universalidad. De ahí que en virtud de esa conjugación la misma tenga una tan amplia área admirativa, haya contribuido a dar una nueva versión del humanismo y cultura de nuestra pintura clásica y moderna a la vez.

Esta perspectiva la da con singular relieve la obra que firma el artista en esta hora. Perspectiva que no es otra que la nueva versión del clasicismo que no supo desarraigarse de lo profundo y espiritual que lo llamaba a la tierra, pero que a la vez se abría a las inquietudes, a los nuevos postulados estéticos de la pintura del mundo de su hora.

Cecilio Barberán

(Del «Julio Romero de Torres», capítulo IX)

